

# SANTIFICACION DE LA VIDA ORDINARIA

■ Discurso de Juan Pablo II a los participantes  
en el Congreso Teológico sobre el Beato José María Escrivá de Balaguer (14-10-1993)

¡Queridísimos hermanos y hermanas!

1 Es para mí un motivo de alegría recibirlos con ocasión del Congreso Teológico de Estudio sobre las Enseñanzas del Beato José María Escrivá, que se ha desarrollado estos días en el Ateneo Romano de la Santa Cruz, a poco más de un año de distancia de su beatificación.

Saludo al gran canciller, monseñor Alvaro del Portillo, y al rector del Ateneo, monseñor Ignacio Carrasco de Paula; saludo también al Comité organizador, a los relatores y a todos vosotros, que habéis participado en esta importante reunión académica.

2 La historia de la Iglesia y del mundo se desarrolla bajo la acción del Espíritu Santo, que, con la libre colaboración de los hombres, dirige todos los acontecimientos hacia la realización del designio salvífico de Dios Padre. Manifestación evidente de esta providencia divina es la constante presencia a lo largo de los siglos de hombres y mujeres, fieles a Cristo, que iluminan con su vida y con su mensaje las diversas épocas de la historia. Entre estas figuras insignes ocupa un puesto eminente el Beato José María Escrivá, el cual, como tuvo ocasión de subrayar en el solemne día de su beatificación, ha recordado al mundo contemporáneo la llamada universal a la santidad y el valor cristiano que puede asumir el trabajo profesional en las circunstancias ordinarias de cada uno.

La acción del Espíritu Santo tiene como fin la santificación de las almas y también la constante renovación de la Iglesia, para que pueda cumplir eficazmente la tarea que Cristo le asignó. En la historia reciente de la vida eclesial, este proceso de renovación tiene un punto de referencia esencial: el Concilio Vaticano II, durante el cual la Iglesia, reunida en asamblea en las personas de sus obispos, ha reflexionado de nuevo sobre el núcleo de su misterio, para poder anunciar el Evangelio al mundo

de forma que pueda influir decididamente sobre la vida de los hombres, sobre las culturas, sobre las naciones. Los trabajos conciliares, y los documentos que de ellos nacieron, tienen en común la plena conciencia de la salvación operada y obtenida por Cristo. De esto deriva el sentido de misión que resaltan los textos de la reunión ecuménica y de todo el magisterio sucesivo: ese sentido de misión al que me he referido recientemente en la carta encíclica «Veritatis splendor».

3 La profunda conciencia con que la Iglesia actual asume estar al servicio de una redención que afecta a todas las dimensiones de la existencia humana ha sido preparada, bajo la guía del Espíritu Santo, por un gradual progreso intelectual y espiritual. El mensaje del Beato José María, al que habéis dedicado las jornadas de vuestro congreso, constituye uno de los impulsos carismáticos más significativos en esta dirección, partiendo precisamente de una singular toma de conciencia de la fuerza irradiadora universal que posee la gracia del Redentor. En una de sus homilias el fundador del Opus Dei observaba: «No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, (...) no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte» (*Es Cristo que pasa*, n. 112).

Sobre la base de esta viva convicción, el Beato José María invitó a los hombres y mujeres de las más distintas condiciones sociales a santificarse y a cooperar en la santificación de los demás, santificando la vida ordinaria. En su actividad sacerdotal percibía con profundidad el valor de cada alma y el poder que tiene el Evangelio de iluminar las conciencias y de despertar un serio y operativo compromiso cristiano en la defensa de la

persona y de su dignidad. En *Camino*, el beato escribió: «Estas crisis mundiales son crisis de santos. Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. Después... *paz Christi in regno Christi*, la paz de Cristo en el reino de Cristo» (n. 301).

4 ¡Qué fuerza tiene esta doctrina ante la ardua pero atractiva tarea de la nueva evangelización, a la que toda Iglesia está llamada! En vuestro congreso habéis tenido la oportunidad de reflexionar sobre los distintos aspectos de esta enseñanza espiritual. Os invito a continuar en esta tarea, porque José María Escrivá de Balaguer, como otras grandes figuras de la historia contemporánea de la Iglesia, puede ser fuente de inspiración también para el pensamiento teológico. En efecto, la investigación teológica, que cumple una mediación imprescindible en las relaciones entre fe y cultura, progresa y se enriquece acudiendo a la fuente de los Evangelios con el impulso de la experiencia de los grandes testigos del cristianismo, entre los que se encuentra sin duda el Beato José María.

Por otra parte, no podemos olvidar que la importancia de la figura del Beato José María Escrivá deriva no sólo de su mensaje, sino también de la realidad apostólica a la que ha dado vida. En los sesenta y cinco años transcurridos desde su fundación, la prelatura del Opus Dei, indisoluble unidad de sacerdotes y laicos, ha contribuido a difundir en muchos ambientes el anuncio salvador de Cristo. Como Pastor de la Iglesia universal me llegan los ecos de este apostolado, en el cual animo a perseverar a todos los miembros de la prelatura del Opus Dei, en fiel continuidad con el espíritu de servicio a la Iglesia que siempre inspiró la vida del Fundador.

Con estos sentimientos invoco sobre todos la abundancia de los dones celestiales, en prenda de los cuales imparto de corazón, a vosotros y a cuantos se inspiran en las enseñanzas y en el ejemplo del Beato José María Escrivá de Balaguer, mi bendición. ■